

ciano, que tenía prisa por unirse con aquellas temibles aves de rapiña.

Lousteau envió á buscar un coche, y los dos amigos se fueron á la calle Mandar, donde vivía Vernou en una casa con pasadizo; ocupaba en ella una habitación en el segundo piso. Luciano quedó asombrado al encontrar á aquel crítico acerbo, desdenguado y grave, en un comedor vulgarísimo forrado con un mal papel agramilado, lleno de manchas, adornado con grabados al agua fuerte en cuadros dorados, sentado á la mesa con una mujer demasiado fea para no ser legítima y dos niños de corta edad encaramados en sendas sillas de patas muy elevadas y con barrera, destinadas á sostener á aquellos dos granujillas. Sorprendido con una bata de casa confeccionada con los restos de una bata de india de su mujer, Feliciano pareció descontento.

—¿Has almorzado, Lousteau?—dijo, ofreciendo una silla á Luciano.

—Venimos de casa Florina—dijo Esteban,—y hemos almorzado allí.

Luciano no cesaba de examinar á la señora de Vernou, que parecía una cocinera gruesa, bastante blanca, pero superlativamente vulgar. La señora Vernou llevaba un pañuelo de seda por encima de una gorra de noche con bridas que estrujaban sus abultadas mejillas. Su bata sin cinturón, sujeta al cuello por un botón, bajaba á grandes pliegues y la cubría tan mal, que era imposible dejar de compararla á un mojón. De una salud desesperante, tenía las mejillas casi moradas, y unas manos con dedos en forma de embutidos. Esta mujer explicó de momento á Luciano la actitud embarazada de Vernou en sociedad. Enfermo por su matrimonio, sin fuerzas para abandonar mujer é hijos, pero bastante poeta para sufrirlos siempre, aquel autor no perdonaría á nadie un éxito, tenía que estar descontento de todo sintiéndose siempre descontento de sí mismo. Luciano comprendió el aspecto malhumorado que helaba aquel rostro envidioso, la mordacidad de las salidas que aquel periodista mezclaba en su conversación y lo acerbo de sus frases, siempre agudas y pulidas como un estilete.

—Pasemos á mi despacho—dijo Feliciano levantándose,—se trata, sin duda, de asuntos literarios.

—Sí y no—dijo Lousteau;—viejo mío, se trata de una cena.

—Vengo—dijo Luciano,—á invitarle de parte de Coralía. Al oír aquel nombre, la señora Vernou levantó la cabeza.

—A cenar de aquí á ocho días—dijo Luciano continuando.—Encontrará en su casa la misma sociedad que hubo en casa de Florina, aumentada con la señora del Val-Noble, de Merlín y algunas más. Se jugará.

—Pero, amigo mío, ese día tenemos que ir á casa de la señora Mahondeau,—dijo la mujer.

—¿Qué importa eso?—dijo Vernou.

—Si no vamos á su casa, le extrañará, y acuérdate de lo que te gusta ir á verla para que te descuente tus letras de libreros.

—Querido, he aquí una mujer que no comprende que una cena que empieza á las doce no impide ir á una velada que termina á la once. Trabajo al lado de ella—añadió.

—¿Tiene usted tanta imaginación!—respondió Luciano, que se hizo un enemigo mortal de Vernou por aquella sola frase.

—Bien—continuó Lousteau,—vendrás; pero esto no es todo. El señor de Rubempré es uno de los nuestros, de modo que tienes que procurar meterlo en tu periódico; preséntalo como un muchacho capaz de hacer literatura elevada, á fin de que pueda colocar por lo menos dos artículos al mes.

—Sí, si quiere ser de los nuestros, atacar á nuestros enemigos como nosotros atacaremos á los suyos, y defender á nuestros amigos, hablaré de él esta noche en la Ópera—respondió Vernou.

—Bueno, hasta mañana, querido—dijo Lousteau estrechando á la mano á Vernou con muestras de la más viva amistad.—¿Cuándo aparece tu libro?

—Eso depende de Dauriat, yo ya lo he acabado—dijo el padre de familia.

—¿Estás contento?...

—Sí y no.

—Remojaremos el éxito—dijo Lousteau levantándose y saludando á la mujer de su colega.

Aquella brusca salida fué motivada por los gestos de los dos niños que disputaban y se golpeaban con las cucharas tirándose la comida por la cara.

—Querido—dijo Esteban á Luciano,—acabas de ver á una mujer que, sin saberlo, causará muchos estragos en la

literatura. Ese pobre Vernou no nos perdona su mujer. Deberían desembarazarle de ella por interés público. Evitaríamos un diluvio de artículos atroces y de epigramas contra todos los éxitos y contra todas las fortunas. ¿Qué puede ser con semejante mujer acompañada de esos dos horribles mocosos? ¿Ha visto usted el Rigaudín de la *Casa que se rifa*, la obra de Picard?... pues bien, como Rigaudín, Vernou no se batirá, pero hará batirse á los demás; es capaz de quedarse tuerto por dejar ciego á su mejor amigo; le verá usted poner el pie encima de todos los cadáveres, sonreír á todas las desgracias, atacar á los príncipes, á los duques, á los marqueses, á los nobles, porque él es plebeyo; atacar á las celebridades célibes y abogar por los goces domésticos y por los deberes del ciudadano. En fin, ese crítico tan moral no será suave con nadie, ni siquiera con los niños. Vive en la calle Mandar, entre una mujer que podría hacer el espantajo del *Burgués hidalgo* y dos pequeños Vernou feos como la tiña; quiere burlarse del arrabal Saint-Germain, donde no pondrá nunca los pies, y hará hablar á las duquesas como habla su mujer. Este es el hombre que va á ladrar tras los jesuitas, á insultar á la corte y á atribuirle la intención de restablecer los derechos feudales, el derecho de primogenitura, y que predicará alguna cruzada en favor de la igualdad, él que no se considera igual á nadie. Si estuviese soltero, si frecuentase el gran mundo, si tuviese el aspecto de los poetas realistas pensionados y condecorados con la cruz de la Legión de honor, sería un optimista. El periodismo tiene mil puntos de partida semejantes. Es una gran cata-pulta movida por rencorillos. ¿Tienes ahora ganas de cazarle? Vernou ya no tiene corazón, el hígado lo ha invadido todo. Así es el periodismo por excelencia: un tigre con dos patas que lo destroza todo como si sus plumas tuviesen rabia.

—Es gunófobo—dijo Luciano.—¿Tiene talento?

—Tiene ingenio, es un *articulista*. Vernou lleva artículos, hará siempre artículos, y nada más que artículos. El trabajo más obstinado no podría nunca hacer un libro de su prosa. Feliciano es incapaz de concebir una obra, disponer las masas, unir armoniosamente los personajes en un plan que empieza, se enlaza y marcha hacia un fin capital; tiene ideas, pero no conoce los hechos; sus héroes son utopías filosóficas ó liberales; finalmente, su estilo es de una originalidad rebuscada, su frase ampulosa caería si la crítica le diese un

alfilerazo. Por eso teme mucho á los periodistas, como todos los que necesitan las calabazas y las mentiras del elogio para mantenerse á flote.

—¿Qué artículo estás haciendo!—exclamó Luciano.

—Estos, querido, si bien pueden decirse, no es bueno escribirlos nunca.

—Te tornas redactor jefe—dijo Luciano.

—¿Adónde quieres que te lleve?—le preguntó Lousteau.

—A casa de Coralia.

—¡Ah! estamos enamorados—dijo Lousteau.—¿Qué error! Haz de Coralia lo que hago yo de Florina, una ayuda; pero ¡la libertad ante todo!

—Harías condenar á un santo—dijo Luciano riendo.

—No se condenan los demonios—respondió Lousteau.

El tono ligero y brillante de su nuevo amigo, el modo como consideraba la vida, sus paradojas mezcladas con las máximas verdaderas del maquiavelismo parisiense, obraban sobre Luciano sin darse cuenta. En teoría, el poeta comprendía el peligro de aquellas ideas, y las encontraba útiles en la práctica. Al llegar al bulevar del Temple, los dos amigos convinieron en encontrarse, entre las cuatro y las cinco de la tarde, en las oficinas del periódico, adonde iría sin duda Hector Merlín. Luciano era presa, en efecto, de las voluptuosidades del amor verdadero de las cortesanas, que ponen sus garfios en los lugares más tiernos del alma, doblándose con increíble flexibilidad ante todos los deseos, favoreciendo las costumbres cómodas, de las que sacan su fuerza. Tenía ya sed de los placeres parisienses, amaba la vida fácil, abundante y magnífica que le proporcionaba la actriz en su casa. Encontró á Coralia y á Camusot locos de alegría. El Gimnasio proponía para las Pascuas próximas un contrato cuyas condiciones, claramente expresadas, sobrepujaban las esperanzas de Coralia.

—Le debemos á usted este triunfo—dijo Camusot.

—¡Oh! seguramente; sin él, *El Alcalde* se hundía—exclamó Coralia,—no hubiese habido artículo, y yo estaría aún en el bulevar seis años.

Y saltó á su cuello delante de Camusot. La efusión de la actriz tenía no sé qué de acariciador en su rapidez, de suave en su entusiasmo: ¡amaba! Como todos los hombres en sus grandes dolores, Camusot bajó los ojos, y reconoció, á lo largo de la costura de las botas de Luciano, el hilo de color

empleado por los zapateros célebres, y cuyo color amarillo pronunciado se destacaba sobre el negro reluciente de la caña. El color original de aquel hilo le había preocupado durante su monólogo acerca de la presencia inexplicable de un par de botas ante la chimenea de Coralia. Había leído en letras negras impresas en el cuero blanco y suave del forro la dirección de un zapatero famoso en aquella época: Gay, calle de la Michodiere.

—Señor—le dijo á Luciano,—lleva usted unas botas hermosas.

—Todo lo tiene hermoso—respondió Coralia.

—Quisiera servirme en casa de su zapatero.

—¡Oh!—dijo Coralia,—¿se ve que es propio de los de la calle Bourdonnais pedir direcciones de proveedores! ¿Va usted á llevar botas de joven? ¿estaría usted guapo! Lleve sus botas sencillas, que son como conviene á un hombre establecido, que tiene mujer, hijos y querida.

—En fin, si el señor quisiera quitarse una bota, me haría un señalado favor—dijo el obstinado Camusot.

—No podría volver á ponérmela sin corchetes—dijo Luciano enrojándose.

—Berenice irá á buscar, no estarán de más aquí—dijo el comerciante con tono eminentemente hipócrita.

—Papá Camusot—dijo Coralia dirigiéndole una mirada llena de desprecio,—¡tenga el valor de su bajeza! Vamos, diga todo su pensamiento. ¿Le parece á usted que las botas del señor se parecen á las mías? Le prohibo que se quite la bota—le dijo á Luciano.—Sí, señor Camusot, sí, esas botas son absolutamente las mismas que estaban ante la chimenea el otro día, y el señor, escondido en mi gabinete tocador, las esperaba, había pasado la noche aquí. Esto es lo que piensa usted, ¿verdad? Piénselo, lo deseo. Es la pura verdad. Le engaño á usted. ¿Y qué? A mi me gusta.

Y se sentó tranquila y con el aire más despreocupado del mundo, mirando á Camusot y á Luciano, que no se atrevían á mirarse.

—No creeré más que lo que usted quiera que crea—dijo Camusot.—No se burle usted, he faltado.

—O yo soy una infame desvergonzada que en un momento se ha enamorado del señor, ó soy una pobre y miserable criatura que ha sentido por primera vez el verdadero amor, tras el que corren todas las mujeres. En ambos casos,

es preciso dejarme ó tomarme tal como soy—dijo haciendo un gesto de soberana, con el que aplastó al comerciante.

—¿Es eso verdad?—dijo Camusot, que vió por el respeto de Luciano que Coralia no bromeaba, y que mendigaba una mentira.

—Amo á la señorita—dijo Luciano.

Al oír aquella frase, dicha con voz conmovida, Coralia saltó al cuello del poeta, le estrechó entre sus brazos y volvió la cabeza hacia el comerciante en sedas, mostrándole el admirable grupo de amor que hacía con Luciano.

—Pobre Musot, coge todo lo que me has dado, no quiero nada tuyo, amo con locura á este joven, no por su talento, sino por su belleza. Prefiero la miseria con él, que los millores contigo.

Camusot cayó en un sillón, colocó la cabeza entre las manos, y permaneció silencioso.

—¿Quiere usted que nos vayamos?—le dijo Coralia con increíble ferocidad.

Luciano sintió frío en los huesos al verse cargado con una mujer, con una actriz y con un hogar.

—Quédate aquí, guárdalo todo, Coralia—dijo el comerciante con una voz débil y dolorosa que partía el alma,—no quiero llevarme nada. Sin embargo, hay ahí por valor de sesenta mil francos en mobiliario; pero no podría acostumbrarme á la idea que mi Coralia está sumida en la miseria. Por grandes que sean los talentos del señor, no podrá mantenerte como te mereces. ¡Esto es lo que nos espera á nosotros los ancianos! Coralia, déjame el derecho de venir á verte alguna vez: puedo serte útil. Por otra parte, lo confieso, me será imposible vivir sin ti.

La dulzura de aquel pobre hombre, desposeído de toda su dicha en el momento en que se creía el más feliz, conmovió vivamente á Luciano, pero no á Coralia.

—Ven, mi pobre Musot, ven tantas veces como quieras—le dijo,—te amaré más no engañándote.

Camusot pareció contento de no ser despedido de su paraíso terrestre donde sin duda debía sufrir, pero en el que esperaba poder entrar más tarde en posesión de todos sus derechos, fiando en los azares de la vida parisiense y en las seducciones que iban á rodear á Luciano. El astuto y viejo comerciante pensó que, más ó menos pronto, aquel hermoso joven se permitiría infidelidades, y para espiarle, para per-

derle en el ánimo de Coralía, quería seguir siendo su amigo. Aquella cobardía de la pasión verdadera espantó á Luciano. Camusot les propuso ir á comer al Palacio Real, en casa de Very, y fué aceptado.

—¡Qué felicidad!—exclamó Coralía cuando Camusot hubo salido,—basta ya de buhardilla en el barrio latino, vivirás aquí, no nos separaremos nunca; para conservar las apariencias, tomarás un cuartito en la calle de Charlot, y siga el movimiento!

Y se puso á bailar el baile español con un entusiasmo que revelaba una pasión indomable.

—Yo puedo ganar quinientos francos mensuales trabajando mucho—dijo Luciano.

—Yo gano otros tantos en el teatro, sin contar las ganancias. Camusot me vestirá siempre, ¡me ama! Con mil quinientos francos mensuales, viviremos como Cresos.

—¿Y los caballos, y el cochero, y el lacayo?—hijo Berenice.

—Me entraparé—exclamó Coralía.

Y se puso á bailar un minué con Luciano.

—Es preciso, pues, aceptar las proposiciones de Finot—dijo Luciano.

—Vamos—dijo Coralía,—me visto y te acompaño hasta el periódico; te esperaré en coche en el bulevar.

Luciano se sentó en un sofá, contempló á la actriz haciéndose el tocado, y se entregó á las reflexiones más graves. Hubiese preferido dejar libre á Coralía que verse sumido en las obligaciones de una unión semejante; pero la vió tan hermosa, tan bien formada, tan atrayente, que fué seducido por los pintorescos aspectos de aquella vida bohemia, y arrojó el guante á la cara de la fortuna. Berenice recibió el orden de cuidarse de la mudanza y de la instalación de Luciano. Después, la triunfante, la hermosa, la feliz Coralía arrastró á su Luciano amado, á su poeta, y atravesó todo París para ir á la calle de San Fiacro. Luciano subió las escaleras, y penetró como dueño en las oficinas del periódico. Coloquinto, siempre con su papel timbrado á la cabeza, y el viejo Giroudeau le dijeron otra vez, bastante hipócritamente, que no había llegado nadie.

—Pero los redactores deben verse en alguna parte para quedar acordes sobre el periódico—dijo.

—Probablemente, pero no tengo nada que ver con la re-

dacción—dijo el capitán de la guardia imperial, que se puso á hacer las fajas con su tos eterna.

Por una casualidad, no se sabe si feliz ó desgraciada, en aquel momento llegó Finot para anunciar á Giroudeau su falsa abdicación y recomendarle que vigilase sus intereses.

—Nada de diplomacia con el señor, es del periódico—dijo Finot á su tío estrechando la mano de Luciano.

—¡Ah! el señor es del periódico—exclamó Giroudeau sorprendido del gesto de su sobrino.—Bueno, señor, no le ha costado mucho entrar en él.

—Quiero prevenirle á usted para que no se deje sorprender por Esteban—dijo Finot á Luciano mirándole maliciosamente.—El señor tendrá tres francos por columna por toda su redacción, comprendida en ella las reseñas de los teatros.

—Nunca has hecho esas condiciones á nadie—dijo Giroudeau, mirando á Luciano con asombro.

—Tendrá los cuatro teatros del bulevar, cuidarás de que no le *soplen* los palcos y de que le sean entregadas las entradas de los espectáculos. No obstante, le aconsejo que se las haga mandar á su casa—dijo volviéndose hacia Luciano.—Además de su crítica, el señor se compromete á hacer diez artículos variados de unas dos columnas por cincuenta francos mensuales durante un año. ¿Le conviene esto?

—Sí—dijo Luciano, que se veía obligado á ello por las circunstancias.

—Tío—dijo Finot al cajero,—redactarás el contrato, que firmaremos al bajar.

—¿Quién es el señor?—preguntó Giroudeau levantándose y quitándose la gorra de seda negra.

—El señor Luciano de Rnbempré, el autor del artículo acerca de *El Alcalde*—dijo Finot.

—Joven—exclamó el anciano militar golpeándole en la frente á Luciano,—tiene usted ahí minas de oro. Yo no soy literato, pero he leído su artículo y me ha gustado. ¡Eso es hablar! ¡Eso es alegría! Por eso dije: «¡Este artículo nos proporcionará muchas suscripciones!» Y acerté. Hemos vendido cincuenta números.

—¿Está hecho por duplicado mi contrato con Esteban Lousteau y dispuesto para firmar?—dijo Finot á su tío.

—Sí—dijo Giroudeau.

—Pon en el que firmaré con el señor la fecha de ayer, con objeto de que Lousteau esté bajo el imperio de esas condiciones.

Finot cogió del brazo á su nuevo redactor, con un aire de compañerismo que sedujo al poeta, y le llevó por la escalera diciéndole:

—De este modo tiene usted ya una posición. Yo mismo le presentaré á *mis* redactores. Además, esta noche, Lousteau le presentará en los teatros. Puede usted ganar ciento cincuenta francos mensuales en nuestro periodiquillo que va á dirigir Lousteau; así, pues, procure estar bien con él. Tal vez no le guste que le haya librado á usted de sus garras; pero tiene usted talento y no quiero exponerle á los caprichos del redactor jefe. Entre nosotros, puede usted traerme dos hojas al mes para mi revista semanal, se las pagaré á doscientos francos. No hable usted de este arreglo con nadie, me vería expuesto á la venganza de todos esos amores propios heridos por la suerte de un recién llegado. Haga cuatro artículos de las dos hojas, firmadas con su nombre y las otras dos con pseudónimo, á fin de que no parezca que se come usted el pan de los demás. Debe usted su posición á Blondet y á Vignón, que ven en usted un porvenir. Así, pues, no se estropee usted. Sobre todo desconfíe de sus amigos. Respecto á nosotros dos, entendámonos bien siempre. Sirvame, que yo le serviré. Tiene usted palcos y entradas por valor de cuarenta francos, y libros por sesenta francos. Esto y su redacción le proporcionará cuatrocientos cincuenta francos al mes. Con un poco de talento, podrá usted sacar otros doscientos francos de las librerías, que le pagarán artículos y prospectos. Pero usted es mío ¿verdad? Puedo contar con usted.

Luciano estrechó la mano á Finot con un transporte de alegría infinito.

—Que no vean que nos entendemos—le dijo Finot al oído, empujando la puerta de una buhardilla del quinto piso de la casa, situada en el fondo de un corredor.

Luciano vió entonces á Lousteau, á Feliciano Vernou, á Héctor Merlín y á otros dos redactores que no conocía, todos en torno de una mesa cubierta con un tapete verde, ante un buen fuego, en sillas ó en sillones, fumando ó riendo. La mesa estaba llena de papeles, y había en ella un verdadero tintero lleno de tinta y plumas bastante malas,

pero que servían á los redactores. Aquello demostró al nuevo periodista que allí se celebraba la gran obra.

—Señores —dijo Finot, — el objeto de la reunión es la instalación en mi lugar y plaza de nuestro querido Lousteau como redactor jefe del periódico que me veo obligado á dejar. Pero, aunque mis opiniones sufrieron un cambio necesario para que yo pueda pasar de redactor jefe á la revista cuyos destinos les son conocidos, mis convicciones son las mismas y quedamos amigos. Soy todo de ustedes, como ustedes serán míos. Las circunstancias varían, los principios son fijos. Los principios son el eje en el que se mueven las agujas del barómetro político.

Todos los redactores soltaron una carcajada.

—¿Quién te ha facilitado esas frases? —preguntó Lousteau.

—Blondet—respondió Finot.

—Viento, lluvia, tempestad, buen tiempo—dijo Merlín—todo lo recorreremos juntos.

—En fin—dijo Finot,—no nos enredemos en metáforas; todos los que tengan que llevarme artículos encontrarán á Finot. El señor—dijo presentando á Luciano—es compañero de ustedes. Ya he tratado con él, Lousteau.

Todos cumplimentaron á Finot por su elevación y sus nuevos destinos.

—Ya estás á caballo sobre nosotros y sobre los demás—le dijo uno de los redactores desconocidos de Luciano,—te conviertes en un Jano...

—Con tal que no sea un Janot...—dijo Vernou.

—¿Nos dejas atacar á nuestras bestias negras?

—¡Cuanto queráis!—dijo Finot.

—¡Ah!—dijo Lousteau— el periódico no puede retroceder. El señor Chatelet se ha enfadado, y no vamos á dejarle durante una semana.

—¿Qué ha pasado?—dijo Luciano.

—Ha venido á pedir una satisfacción—dijo Vernou.—El ex bello del Imperio se ha encontrado al padre Giroudeau, el cual, con la mayor sangre fría, ha señalado á Felipe Bridau como autor del artículo, y Felipe ha pedido hora y armas al barón. El asunto ha quedado así. Nos hemos ocupado en dar excusas al barón en el número de mañana. Cada frase es una puñalada.

—Atacadle firme, vendrá á verme—dijo Finot.—Fingiré

hacerle un favor aplacándoos; tiene influencia en el ministerio, y sacaremos algo de eso, una plaza de profesor suplente ó algún estanco. Debemos felicitarlos de que haya picado el anzuelo. ¿Quién de vosotros quiere hacer en mi nuevo periódico un artículo de fondo acerca de Nathán?

—Déselo á Luciano—dijo Lousteau.—Héctor y Vernou harán unos artículos en sus periódicos respectivos...

—Adiós, señores, nos veremos en casa de Barbín—dijo Finot riendo.

Luciano recibió algunos cumplidos por su admisión en el temible cuerpo de periodistas, y Lousteau lo presentó como hombre con el que se podía contar.

—Luciano les invita en masa, señores, á cenar en casa de su querida, la bella Coralía.

—Coralía va al Gimnasio—dijo Luciano á Esteban.

—Pues bien, señores, queda entendido que empujaremos á Coralía ¿eh? Poned en todos vuestros periódicos algunas líneas acerca de su contrata, y hablad de su talento. Ensalzad el tacto y la habilidad de la empresa del Gimnasio: ¿podemos atribuirle también talento?

—Le atribuiremos talento—repuso Merlín.—Federico tiene una obra con Scribe.

—¡Oh! el empresario del Gimnasio es entonces el más previsor y el más perspicaz de los especuladores—dijo Vernou.

—¡Ah! no hagáis los artículos acerca del libro de Nathán sin que nos hayamos convenido antes, ya os diré por qué—dijo Lousteau. Tenemos que ser útiles á nuestro nuevo camarada. Luciano tiene que colocar dos libros: una colección de sonetos y una novela. Hemos de procurar por todos los medios que de aquí á tres meses sea un gran poeta. Nos serviremos de sus *Margaritas* para rebajar las *Odas*, las *Baladas*, las *Meditaciones*, toda la poesía romántica.

—¡Estaría gracioso que los sonetos no valieran nada!—dijo Vernou.—¿Qué opina usted de sus sonetos, Luciano?

—¡Eso! ¿qué opina usted de ellos?—dijo uno de los redactores desconocidos.

—Señores, están bien, palabra de honor—dijo Lousteau.

—Bueno, me alegro—dijo Vernou,—así los arrojaré á las piernas de esos poetas de sacristía que me fastidian.

—Si Dauriat no toma esta noche las *Margaritas*, le haremos artículos y más artículos contra Nathán.

—¿Y qué dirá Nathán?—exclamó Luciano.

Los cinco redactores soltaron una carcajada.

—Estará encantado—dijo Vernou.—Ya verá usted cómo arreglamos las cosas.

—¿De modo que el señor es de los nuestros?—dijo uno de los redactores que Luciano no conocía.

—Sí, sí, Federico, basta de bromas. Ya ves, Luciano—dijo Esteban al neófito,—cómo nos portamos contigo; no regularás cuando se presente la ocasión. Todos queremos á Nathán, y vamos á atacarle. Ahora, partámonos el imperio de Alejandro. Federico, ¿quieres los Franceses y el Odeón?

—Si estos señores lo consienten—dijo Federico.

Todos bajaron la cabeza; pero Luciano vió brillar miradas envidiosas.

—Yo me quedo con la Opera, los Italianos y la Opera Cómica—dijo Vernou.

—Bien, Héctor se quedará con los teatros de comedia—dijo Lousteau.

—¿Y yo no me quedo con ninguno?—exclamó el otro redactor que no conocía Luciano.

—Vamos, Héctor te cederá las Variedades, y Luciano la Puerta San Martín—dijo Esteban.—Déjale la Puerta San Martín, está loco por Fanny Beaupré—le dijo á Luciano,—tomarás, en cambio, el Circo Olímpico. Yo me quedaré con el Bobino, los Funámbulos y la señora Saquí. ¿Qué tenemos para el periódico de mañana?

—Nada.

—Nada.

—¡Nada!

—Señores, sean brillantes para mi primer número. El barón Chatelet y su jibia no durarán ocho días. El autor de *El Solitario* está gastado.

—Sóstenes Demóstenes ya no gusta—dijo Vernou,—todo el mundo lo ha copiado.

—¡Oh! necesitamos nuevos muertos—dijo Federico.

—Señores ¿y si cubriéramos de ridículo á los hombres virtuosos de la derecha? ¿Si dijéramos que le huelen los pies al señor de Bonald?—exclamó Lousteau.

—¿Empecemos una serie de retratos de los oradores ministeriales?—dijo Héctor Merlín.

—Haz eso, pequeño mío—dijo Lousteau,—tú les cono-

ces, son de tu partido, podrás satisfacer algunos odios intestinos. Agárrate á Beugnot, á Syrieys, á Mayrinhac, y á los demás. Los artículos pueden estar escritos de antemano, así no nos veremos apurados por el periódico.

—¿Y si inventáramos algunas negativas de sepultura con circunstancias más ó menos graves?—dijo Héctor.

—No sigamos las huellas de los grandes periódicos constitucionales, que tienen sus *cuartillas de curas* llenas de *canards*—respondió Vernou.

—¿De *canards*?—dijo Luciano.

—Llamamos *canard*—le respondió Héctor,—á un hecho que parece verdadero, pero que se inventa para realzar los ecos de París cuando languidecen. El *canard* es un hallazgo de Franklin, que ha inventado el pararrayos, el *canard* y la república. Ese periodista engañó tan bien á los enciclopedistas con sus *canards* de ultramar, que en la *Historia filosófica de las Indias*, Raynal dió dos de esos *canards* como hechos auténticos.

—No sabía yo eso—dijo Vernou.—¿Cuáles son esos dos *canards*?

—La historia relativa al inglés que vende á su libertadora, una negra, después de haberla hecho madre, á fin de sacar más dinero de ella. Después la defensa sublime de la joven embarazada ganando su causa. Cuando Franklin vino á París, confesó esos *canards* en casa de Necker, con gran confusión de los filósofos franceses. Y he aquí cómo el nuevo mundo ha corrompido dos veces al antiguo.

—El periódico—dijo Lousteau,—tiene por verdadero todo lo que es probable. Nosotros partimos de eso.

—La justicia criminal no procede de otro modo—dijo Vernou.

—Bueno, esta noche, á las nueve, aquí—dijo Merlin.

Todos se levantaron, se estrecharon las manos y se terminó la sesión en medio de las muestras de la más conmovedora amistad.

—¿Qué le has hecho á Finot?—dijo Esteban á Luciano al bajar—para que haya cerrado un trato contigo? Tú eres el único con quien se ha comprometido.

—Yo nada, él me lo ha propuesto—dijo Luciano.

—En fin, me gustaría que estuvieses arreglado con él; de este modo seríamos más fuertes los dos.

En el piso bajo, Esteban y Luciano encontraron á Finot,

que cogió aparte á Lousteau en el despacho ostensible de la redacción.

—Firme su contrato para que el nuevo director crea la cosa hecha desde ayer—dijo Giroudeau, que presentaba á Luciano dos papeles timbrados.

Mientras leía aquel contrato, Luciano oyó entre Esteban y Finot una discusión bastante viva que versaba acerca de los productos naturales del periódico. Esteban quería su parte de aquellos impuestos percibidos por Giroudeau. Hubo, sin duda, un arreglo entre Finot y Lousteau, pues los dos salieron hablando amigablemente.

—A las ocho, en las galerías de Bois, en casa de Dauriat—dijo Esteban á Luciano.

Un joven se presentó para ofrecerse como redactor, con el aire tímido é inquieto que tenía antes Luciano. Este vió con íntimo placer que Giroudeau gastaba al neófito las mismas bromas que le había hecho á él; su interés le hizo ver perfectamente la necesidad de aquel manejo, que ponía barreras casi infranqueables entre los novatos y la buhardilla en que penetraban los elegidos.

—Ya no hay dinero para tantos redactores—le dijo á Giroudeau.

—Si fueran ustedes muchos, todos tendrían menos—respondió el capitán.—¡Así es!

El antiguo militar hacía dar vueltas á su bastón con alma de hierro, salió tosiendo, y quedó estupefacto al ver subir á Luciano en el hermoso coche parado en el bulevar.

—Ahora son ustedes los militares y nosotros los quintos—dijo el soldado.

—Palabra de honor, esos jóvenes me parece que son los mejores muchachos del mundo—dijo Luciano á Coralia.—Ya soy periodista, con la seguridad de poder ganar seiscientos francos al mes trabajando como un negro; pero colocaré mis dos primeros libros y haré otros, pues mis amigos van á organizarme un éxito. Así, pues, Coralia, digo como tú: «¡Siga el movimiento!»

—Vencerás, pequeño mío; pero no seas tan bueno como hermoso, te hundirías. Sé malo con los hombres, eso es bueno.

Coralia y Luciano fueron á pasearse al bosque de Bollandia, y encontraron allí otra vez á la marquesa de Espard, á la señora de Bargetón y al barón de Chatelet. La señora

de Bargetón miró á Luciano con un aire seductor que podía pasar por un saludo. Camusot había encargado la mejor comida del mundo. Al verse libre de él, Coralia estuvo tan encantadora con el pobre comerciante en sedas, que éste no se acordaba haberla visto tan graciosa y tan atrayente durante los catorce meses que había durado su unión.

—Vamos—se dijo,—quedémonos con ella, *así y todo*.

Camusot ofreció secretamente á Coralia una inscripción de seis mil francos de renta, cuya existencia no conocía su mujer, si quería ser su querida y consentía en no volver á acordarse de sus amores con Luciano.

—¡Traicionar yo á semejante ángel... pero, pobre macaco, mírale y mírate tú—dijo ella señalándole el poeta, á quien Camusot había amodorrado haciéndole beber.

Camusot resolvió esperar á que la miseria le devolviese la mujer que la miseria le había entregado, y le dijo besándola en la frente:

—Entonces, no seré más que tu amigo.

FIN DEL TOMO PRIMERO





